

ministro de Previsión Social doctor Vass, en la que se amenaza con recurrir a la fuerza si se tropieza con resistencias en la aplicación de sus preceptos, todos los Estados han visto disminuir esta enfermedad en razón directa a la eficacia de los medios puestos en práctica para combatirla. Es por consiguiente, una dolencia que se puede desterrar de nuestras estadísticas si a ello nos proponemos de una manera tenaz.

En el terreno curativo no existe enfermedad que haya consumido estérilmente las energías de tantos investigadores, en torno al descubrimiento de un «algo» con que poder arrebatarse a la muerte tantísimo número de víctimas como tributa la humanidad a la peste blanca. No existe droga, ni vacuna, ni suero, ni específico que en los diversos tiempos no haya tenido su efímero apogeo y después su total desprestigio, en la tan ambicionada curación de la tuberculosis. Cuando Roberto Koch hizo en el año 1882 el descubrimiento del microbio que ocasiona la tuberculosis; se creyó haber descubierto la piedra fundamental que había de servir de base, a semejanza de otras infecciones, para aniquilar con sus antídotos los sueros o las vacunas el veneno que segrega el germen tuberculoso. Pero los ruidosos fracasos obtenidos con la aplicación de los mismos, hicieron que se perdieran las esperanzas que al principio dejaban concebir; y es que aconteció en esto, lo que suele suceder en otros aspectos de la vida, que cuando planeamos un sistema de lucha para triunfar de algún enemigo, el optimismo en el anhelado éxito nos ciega hasta el extremo, de no imaginar que el contrario ideará y realizará acciones que podrán desvirtuar y por consiguiente echar a tierra nuestros sonados triunfos. Se concibió en efecto

que una vez a nuestro alcance el bacilo tuberculoso y tras una serie de experiencias encaminadas a precisar la sustancia que colocada frente a frente con el microorganismo productor de la tuberculosis había de aniquilarlo, teníamos en nuestras manos el instrumento ideal para abortar la enfermedad. Mas lo que en el laboratorio era un desideratum, desgraciadamente en la práctica fracasaba estrepitosamente, viéndose que ello dependía de que el microbio, el cuerpo del delito, aprendía dentro del organismo infectado a defenderse para lo cual crea defensas consistentes en rodearse de una cubierta cérica, protegiéndose por ese mecanismo de las sustancias que pudieran lesionarle.

No podemos en cambio, afortunadamente, sentir el mismo pesimismo en el problema de la tuberculosis, cuando pasamos a examinarlo en el terreno profiláctico, es decir preventivo. En efecto, hoy apenas si queda por dilucidar algún punto en lo referente a la etiología y epidemiología de esta enfermedad; por lo que conociendo sus causas y características en la manera de contraerla, fácil nos será concebir el sistema de la lucha que hay que poner en juego para evitar su propagación.

La realización de la profilaxis anti-tuberculosa puede condensarse en estos dos conceptos; fortalecer al individuo y sanear el medio en que éste desenvuelve sus actividades.

Se pretende al fortalecer al individuo, colocarlo en condiciones tales que si desgraciadamente es alcanzado por los gérmenes infecciosos, pueda luchar victoriosamente, desvirtuando la acción maléfica de los mismos. Dejando a un lado las convenientes reglas generales de higiene y alimentación que son necesarias para que el individuo forme un fondo de reservas